

LP 04/04/1958, 9

## Está Entre Nosotros

por Sebastián Salazar Bondy

De todas las imágenes que del traidor ha trazado la fantasía de los escritores contemporáneos —Papini, Lanza del Vasto, Pagnol, Laagervist, Puguet, Gabriel Miró— ninguna más adecuada al carácter de nuestro tiempo que aquella que con poética ironía creó en una breve página Paul Claudel. ¿Qué mueve ahí a Iscariote a vender a su maestro? El desengaño mercantil. Judas se pregunta: ¿Cómo es posible que ahora, cuando podemos hacernos ricos, este hombre diga y haga cosas que nos impiden realizar buenos negocios, ganar poder e imponernos sobre propios y extraños? Judas no se explica que Jesús devuelva la vista a los ciegos, dé la salud a los enfermos y resucite los muertos sin aprovechar de tales prodigios para beneficiarse lucrativamente. Para él, para su mente utilitaria, multiplicar los panes debía ser hacerse panadero, tornar el agua en vino debía ser convertirse en el primer fabricante de licor, marchar a pie en junto sobre la solas debía ser transformarse en el propietario de los mares. El milagro como testimonio de la misión divina de Jesús lo tiene sin cuidado. En todo caso, acepta este aspecto de la empresa como cobertura de los propósitos materiales que él le atribuye.

He aquí, pues, el Judas moderno. No necesitamos hacer ningún esfuerzo para hallarlo cerca nuestro. Como el que imaginara Claudel al lado del Señor, lo comienza deslumbrando la palabra pura y suasoria del elegido y su efecto sobre las muchedumbres, a las que teme y necesita, y acaba por unirse a él abriendo la bolsa, alentando íntimamente la esperanza de aprovechar del éxito mundano del desinteresado mensaje. En el fondo realiza una inversión, pues su cálculo no se aparta en ningún instante de las operaciones productivas. Tanto de dinero, tanto de sacrificio, tanto de penalidades, para sacar, a la postre, diez, cien, mil, un millón de ventajas. ¿La salvación? ¿El cielo? ¿La vida eterna? ¡Vamos —se dice—, la publicidad es para las multitudes, y está bien! Nosotros —continúa— conoceremos al final el truco con que nuestro socio convenció a la gente, hace andar al lisiado y ordena salir de la tumba a quien

ya era presa de los gusanos. Entonces, quizá, cada uno se independizará, pondrá tienda aparte y será dueño de emplear los milagros como mejor le parezca. Hasta cabe la probabilidad —concluye— de acaparar, con habilidad, estos poderes prodigiosos y convertirse en el que, con todo derecho, sea su único dueño. Es con esta idea en la cabeza con que se junta a los discípulos y echa a andar con ellos.

El Judas de la historia sacra se había topado con un Dios, y su desengaño mercantil no tuvo —no tenía— escapatoria, solución, compensación. Traicionó por odio, despecho, venganza, y su horrendo crimen se manifestó en toda su magnitud en las tinieblas que siguieron a la expiración de Jesús, en la resurrección y en la ascensión. Cuando su cuerpo pendía de la soga que eligió como castigo de su culpa, la lección quedó escrita, pero Judas no murió. Claudel hizo de él, recogiendo de la atmósfera de esta época los signos de su presencia, el símbolo del furor interesado que se ha apoderado de la humanidad. Lo podemos descubrir a cada paso y en cada actividad de la vida. Es el político que promete y no cumple, el juez que no hace justicia, el artista que vende su pluma o su pincel, el profesor que corrompe a sus alumnos, el médico que comercia con la salud, el empresario que explota a sus servidores, el periodista que envenena a sus lectores, el propietario que olvida a los desposeídos, el comerciante que trafica con la pobreza de la mayoría, todo el que traiciona al hombre, llena la boca, sin embargo, con palabras de amor, como las que Jesús pronunció trayendo el recado de Dios a sus criaturas. Judas se inviste de caudillo, sacerdote, consejero, gobernante, maestro, toma los hábitos, las frases, las actitudes, las formas externas del apóstol, pero se propone, como el que imaginara Claudel, ganar para sí potencia y gloria. Si fracasa, crucifica a Cristo. Y no se suicida ya. Persiste en sus oscuros fines porque esta época parece pertenecerle. ¿Y le pertenece realmente? Cada cual responderá según su juicio, y al responder a esa pregunta con una afirmación o una negación acordará tácitamente que Judas está entre nosotros.